

**Universidad de Chile
Instituto de Estudios de la Comunicación e Imagen
Escuela de Periodismo**

Memoria de título

Shopping Center Alto Bío-Bío

**Profesor guía: Gustavo González Rodríguez
Alumno: Cristina Correa Siade**

Introducción

Por fin es sábado y las micros vomitan gente en las esquinas de San Diego entre Franklin y Placer. Las hordas también llegan por metro o en sus propios vehículos. De oriente a poniente y de norte a sur, sin importar su condición económica, miles de santiaguinos confluyen cada fin de semana en el criollo persa Bío-Bío.

Sábados y domingos, el conocido Bío-Bío y sus alrededores viven la explosiva visita de unas 100 mil personas, cantidad tal vez comparable en importancia a la de los contemporáneos *mall*. Sin embargo, la higiene y orden de los *shopping center* es lo más lejano a la ensalada de artículos y personajes que ofrece el turístico persa.

Un paseo por calle Placer basta para ilustrarlo. Desde su comienzo en San Diego, la calle ha sido tomada por las personas. Los automóviles sólo pueden transitar en la primera cuadra de Placer y retoman su curso desde San Francisco. En plena calle se instalan los apostadores, pelafustanes con sus trampas de naipes y bolitas, los que ofrecen una foto sobre una llama o un burrito, cantantes populares como Charles Labra (ex integrante de Sol y Lluvia) o el Gitano, que baila animadamente y canta boleros. Unos cachorros miran sin entender nada a los transeúntes que los observan desde la caja donde los tienen en exhibición. La gente camina rápido cuidando sus carteras y bolsos, pero siempre hay

público para los artistas de la calle o para algún comprador pensativo que mira de reojo aquel disco en la cuneta.

A la bajada del metro, en la Plaza Matte, carritos de mote con huesillos, sopaipillas y anticuchos reciben a los visitantes. Los automóviles llegan por Santa Rosa, San Diego, su continuación como Gran Avenida, y por Franklin. Los estacionamientos son escasos y la calle es poco segura. A más de alguno le han robado todas las llantas.

Las pequeñas tiendas que se distribuyen por el perímetro de las calles San Diego, Placer, Franklin y San Isidro son el centro de comercio informal más conocido de la capital y su fama traspasa las fronteras de Chile. En él se dan cita serios anticuarios, fanáticos de los cachureos, coleccionistas de cartas de estrategia, insectos, monedas y estampillas, lo mismo que cinéfilos. Todos por igual buscando la pieza perdida de una máquina de coser o alguna herramienta clave al menor precio.

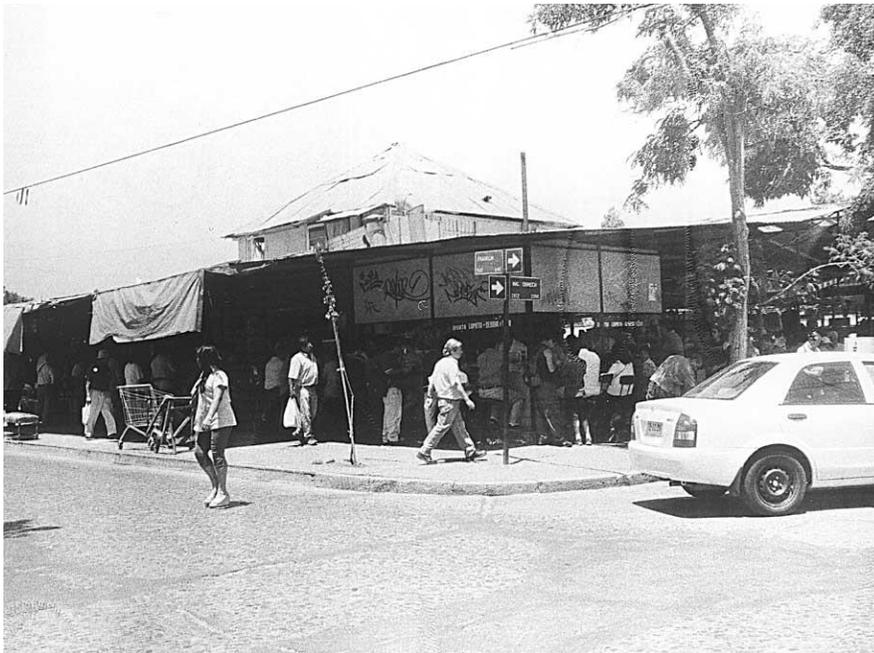
“(El persa Bío-Bío) es la única parte donde puedes encontrar en un local diez candados y un manajo de llaves, pero ninguna llave le hace a los candados, que los venden cerrados. Esas cosas lúdicas las puedes encontrar aquí, por eso la gente viene. Otros persas trabajan con importadores y puedes encontrar las mismas cosas: la misma zapatilla o pantalón. Aquí se puede encontrar cosas muy diferentes. Espero que este mercado no se pierda porque el sistema tiende a desmemorar a la gente, mientras que las cosas que están acá tienen un pasado”, cuenta Jaime (28), un egresado de Filosofía que es fanático del persa Bío-Bío, que visita casi todos los fines de semana.

Esta cruzada en busca de “la ganga” del día se libra desde las 8 de la mañana hasta pasadas las 16 horas. Hay quienes llegan muy temprano a rastrear ciertas piezas fundamentales para sus negocios de antigüedades, o los que intentan vender un flamante *disc-man* que todavía guarda el calor de su antiguo dueño en los audífonos. Sin embargo, y a pesar de la mala fama de esta feria, los que venden artículos robados son cada vez menos. Y es que la vigilancia policial se ha duplicado en los últimos años y los patrullajes intentan eliminar a los ambulantes, además de evitar que los ladrones puedan deshacerse de su botín vendiéndolo en este sector.

Según los primeros comerciantes que utilizaron las calles Franklin y Bío-Bío como lugar de ventas, ya en 1940 existía este comercio informal. La feria persa conocida por todos como Bío-Bío encierra múltiples historias. Sus pintorescos pasillos y personajes no han tenido aún un espacio de reconocimiento nacional. De ahí proviene la inspiración para este trabajo que intenta reconstruir desde su inicio la vida de este pulpo comercial y detener el tiempo en fotografías que ilustren a los protagonistas de la actual historia del mercado de las pulgas más importante del país.



Más de 100.000 personas visitan los pasajes del Persa Víctor Manuel cada fin de semana.



La esquina de Víctor Manuel y Franklin donde se levanta el Persa San Isidro.

Capítulo I: Un poco de historia

La historia del sector que todo Santiago conoce hoy como persa Bío-Bío se remonta más de 60 años atrás. Sus comerciantes comenzaron a instalarse en la calle del mismo nombre incluso antes, pero sin ninguna organización y en menor número, cuando en las esquinas de las calles Placer y Víctor Manuel se levantaba la pujante curtiembre y fábrica de calzados Aycagnes, Duhalde y Cía., que data de 1920.

Colindante con esta fábrica estaba el Matadero Municipal, al que se asocia la prosperidad que llegó al lugar. El matadero se construyó en 1847 y cerró sus puertas en 1970, dejando en abandono varios galpones que se convertirían en parte de los persas que se levantan en el sector.

Los vendedores ambulantes de la calle Bío-Bío se hicieron más numerosos en la década del 30, luego de que el impacto de la debacle financiera en Wall Street en 1929 se sintiera con fuerza en Chile, debido entre otras razones a que el gobierno del General Ibañez declarara en mora la abultada deuda externa. 300 mil trabajadores quedaron cesantes, y comenzaron a deambular por las ciudades. Apremiados por la pobreza, con artículos de su propiedad, objetos que dieron de baja de sus hogares, y también con cachureos que recolectaban ya sea casa por casa o entre los escombros en las calles. De a poco, las aceras de Franklin y Bío-Bío comenzaron a llenarse de pequeños comerciantes, entre ellos vendedores de antigüedades que le dieron fama a esta feria espontánea.

"Eso empezó cuando las autoridades no se preocupaban de la gente pobre. Las grandes empresas, como Almacenes París, no abrían los sábados y domingos. Entonces, nosotros aprovechábamos de comprar y vender el fin de semana porque el centro no abría. Aquí venía gente hasta de Las Condes, anticuarios que venían a abastecerse", cuenta Manuel Courbis (73), anticuario que comenzó hace 24 años instalado en la calle Bío-Bío y hoy tiene su local en uno de los pasajes del Mercado Persa Víctor Manuel.

En 1979 la antigua curtiembre fue a quiebra, adjudicándose los 17.000 metros cuadrados de terreno la Sociedad de Rentas Massú, firma propietaria de la Fosforera Sudamericana, quebrada en el 2002, entre otras empresas. La sociedad perteneciente a los tíos del reconocido tenista nacional Nicolás Massú tiene como cara visible al empresario Jaime Massú, quien decidió utilizar estos galpones para establecer ahí el Mercado Persa Víctor Manuel, el más antiguo de los galpones del sector conocido en general como persa Bío-Bío.

"Fue una cosa imprevista. De un momento a otro empezaron a arrendar pedazos sin número, así no más, uno pescaba lo que quería. Yo antes estaba sobre los adoquines y esto era una bodega. Venía con un carrito de la feria y ahí traía mis cosas para venderlas", cuenta Courbis.

Lo mismo explica Sergio, un vendedor de ropa de 66 años que partió con esta actividad en 1979, dice que "siempre ha habido un persa en la calle. En calle Bío-Bío

vendían ropa usada, zapatos, herramientas, y paulatinamente se fue poblando". Por eso, nadie tiene certeza de cuándo fue que los ambulantes del sector Franklin fueron tantos que la feria persa comenzó a ser conocida en todas las comunas de Santiago.

En 1980 comenzaba a desencadenarse la crisis de la deuda externa, consecuencia del alza del petróleo decretada en 1974. Conforme se disparaba el desempleo, crecían el comercio ambulante y el mercado negro. Fue justo ese año que se inauguró el primero de los galpones, ahora llamado galpón cuatro. Su administrador fue Roberto Gómez, quien actualmente vive en calle Placer 660 y reúne en su casa gran cantidad de objetos antiguos, algunos de los cuales adquirió durante los años que administró el lugar. "Tuve que tomar gente para que arrendara los sitios porque en ese tiempo todos estaban en la calle. Cuando venían los Carabineros, todos se resguardaban adentro de los galpones, pero me pagaban el arriendo por el día y volvían a salir a la calle. Eso fue durante muchos años hasta que finalmente los sacaron de ahí. Y la gente como me conocía empezó a arrendar locales. Yo empecé a agrandar los sitios y trabajaba con aproximadamente 800 personas", precisa Gómez, quien se retiró en 1996 de su puesto debido a tres asaltos a mano armada que sufrió.

El primero de los asaltos fue en la micro, señala. Pero el segundo fue a la oficina de la administración, ubicada hasta hoy en el Galpón Cuatro, y el tercero a la salida de su jornada laboral en el persa. Roberto Gómez sintió estos ataques como personales. Afirma, con amargura, que los asaltantes fueron *dateados* por gente que trabajaba en el propio persa.

A Roberto García también le tocó vivir diversos problemas con Jaime Ravinet, alcalde de la comuna de Santiago entre 1990 y 2000. "Él quería que pagáramos una patente general para todos los comerciantes¹, pero eso no le convenía a la sociedad, así que cada uno tuvo que pagar su permiso", explica. Eso ocurrió en 1992, el mismo año que Ravinet asumió como alcalde electo, quien en el gobierno de Ricardo Lagos se transformaría en Ministro de Vivienda. El edil, según cuentan los comerciantes del persa, comenzó una persecución contra ellos. Además, de sacar constantemente de la vía pública a los vendedores de la calle Bío-Bío, cerró uno de los galpones del Mercado Víctor Manuel por problemas de infraestructura.

Para Santiago Durán, presidente del único Sindicato del Mercado Persa Víctor Manuel había un problema de voluntad. "Yo no tengo ningún color político, pero nosotros comenzamos con el gobierno militar y después de unas discusiones y problemas que tuvimos con ellos, nunca hubo ningún problema. Nos dieron una patente que estaba con Impuestos Internos incluidos. A nosotros se nos facilitaba todo porque podíamos trabajar tranquilos. Apenas subió el gobierno de la Concertación, a los dos meses de que asumió el alcalde Ravinet, eliminaron la patente porque no querían que estuviera Impuestos Internos relacionado con patentes", recuerda el conocido cachurero, que comenzó a fines del 70 a trabajar en el persa, primero en la calle y luego en uno de los galpones del Víctor Manuel.

¹ Durante el gobierno militar, que imperó en Chile entre 1973 y 1990, los comerciantes habían adquirido una patente que incluía el pago de Impuestos Internos, lo que había solucionado en gran parte los problemas de los locatarios del persa Víctor Manuel.

Para el ex administrador Roberto Gómez, también fueron tiempos difíciles: "tuve que andar escondido, toda la prensa me buscaba. Yo era un empleado nada más, había gente más arriba que era la que tenía que dar la cara".

Sin embargo, esos episodios ingratos quedan de lado cuando don Roberto recuerda el cariño de la gente. Cada vez que se pasea por los galpones del persa, los vendedores más antiguos lo saludan y le preguntan cuándo va a volver.

En los años 90 también se crearon los persas que circundan el Víctor Manuel, aunque todavía quedan comerciantes que se dedican a vender en la calle. Está el llamado Bío-Bío–San Isidro, donde se instaló gran parte de los que no adscribieron al proyecto de formalización del persa en las llamadas Plazas Techadas, y está ubicado entre las calles Bío-Bío y Franklin. Frente a éste, están los galpones San Isidro I y II, ambos propiedad de Gatica, Osorio, Flores y Cáceres Ltda., además del Plaza San Isidro y el Persa Sur (San Isidro 2264, casi esquina Placer). Y en Placer se instalaron dos centros dedicados principalmente a la venta de artículos de computación, juegos, audio y tecnología, el Persa Cordillera y el Nuevo Placer.

En 1993 comenzó otra arremetida del alcalde Ravinet contra los dos mil feriantes que todavía ocupaban la calle Bío-Bío. Luego de desalojarlos con Carabineros (20 de abril), el edil presentó una iniciativa que desató una larga polémica: la construcción de las plazas techadas de calle Placer, entre San Diego y San Francisco.

Los representantes sindicales de estos comerciantes, entre ellos Alejandro Osorio y Luis Mariman, presidente y vicepresidente respectivamente del Comité de Defensa del Persa, rechazaron con firmeza este proyecto, aduciendo que no los involucraba. Además, era una solución lejana porque los 1.300 "beneficiados" debieron cancelar entre un millón y medio y dos millones de pesos, adquiriendo una deuda en U.F. con plazos desde 8 años (algunos han debido repactar el crédito hasta 12 años). Del mismo modo, se ignoró el precio que Ravinet estipuló inicialmente, que ascendía sólo a \$800.000.

A pesar de las manifestaciones, la feria callejera desapareció definitivamente a mediados de 1994. Los comerciantes se instalaron en plazas techadas o emigraron a otros galpones aledaños, entre ellos el improvisado persa Bío-Bío–San Isidro: una sencilla techumbre de fierros que se instaló en un antiguo estacionamiento, en las esquinas de Franklin y San Isidro. Sin embargo, todavía quedan muchos comerciantes que se instalan en las veredas de San Isidro, Placer y Franklin.

Pero el proyecto presentado por Ravinet ("Plan de referencia para el nuevo barrio Franklin") nunca se completó. No hubo arreglos en las calles, a fin de terminar con los problemas de circulación vehicular, ni restauración para las fachadas de los inmuebles del barrio Franklin. Incluso, en 1998 las relaciones con la alcaldía volvieron a entrar en una zona oscura ante el anuncio de la construcción de un megamercado de la cadena D & S (dueños de las marcas Líder y Ekono), proyecto que finalmente no se concretó.

Actualmente, el persa está en paz con las autoridades. Pero, de vez en cuando, se generan nuevos problemas con Carabineros. Las razones: la piratería y el comercio informal en la calle, donde se comercian desde compactos de películas hasta cachorros.



Un excéntrico local con máscaras, bromas y refranes para alegrar la vida. En Plaza Magosa.



También la medicina natural tiene su lugar en las eclécticas Plazas Techadas del Bío-Bío.

Capítulo II: Plazas techadas

Luego de muchos años ejerciendo el comercio en la vía pública, más de mil comerciantes del antiguo Bío-Bío se establecieron en las Plazas Techadas distribuidas en San Diego 2290 (llamada Alonso) y en Placer 880 (denominada Magosa). El 13 de septiembre de 1994 quedó conformada la primera directiva, a cargo de Hernán Muñoz Crisóstomo. Y recién en octubre del 2001 se inauguró el prometido estacionamiento para clientes.

Pero al contrario de lo que expuso en múltiples ocasiones el ex alcalde Ravinet, la situación actual de los comerciantes de Plazas Techadas Persa Bío-Bío es aún más difícil que la que vivieron cuando eran perseguidos por la autoridad en las calles. Así lo expresan tanto locatarios como los dirigentes de la cooperativa que administra los locales.

Para Iván Figueroa, consejero de la Cooperativa Plazas Techadas Persa Bío-Bío Limitada, y parte de una directiva que componen nueve consejeros, “este proyecto ha fracasado porque la gente ya no visita las calles de más atrás, debido a la gran competencia que significan los otros persas y el comercio ambulante”. Y al momento de encausar sus iras ante esta situación es implacable: “Ravinnet dijo que no iba a permitir más persas en los alrededores. Eso nos está matando”.

Inmediatamente al lado de las plazas techadas se han instalado numerosos persas entre los cuales cuentan el Persa Placer (Placer 898) y el nuevo Amanecer (Placer 932), Persa Procome (Placer 948), Multiferia (Placer 980) y el Mall del Mueble (que ocupa casi toda una cuadra), entre muchos otros que se multiplicaron hasta tocar la esquina de San Diego². Oferta que se suma a la que entrega desde hace varios años el popular mercado de muebles Centro Comercial Las Gangas (Placer 887), emplazado donde antes estaba el Matadero.

La proliferación de comercios en la calle Placer ha dejado sin visitantes a las calles 18 a 22 de las Plazas Techadas Magosa (que se llama así en honor a Maderas González S.A., antigua barraca que se instaló justo donde transitaban los animales desde la línea del tren al matadero), y la cooperativa que lo administra presentó a fines de noviembre del 2002 un proyecto titulado “Renovación de imagen y distribución Plazas Techadas”, que pretende convertir las últimas calles en patio de cocinerías y áreas verdes. Y aunque la idea tuvo buena recepción, que este proyecto sea llevado a cabo todavía es un sueño.

Para Paola, de 24 años, el panorama no es más alentador. Ella atiende el local de ropa que tienen sus padres en Plaza Alonso y vio todo el esfuerzo que ellos hicieron desde que partieron vendiendo cachureos en la calle Bío-Bío. “Cuando recién empezó el proyecto de Plazas Techadas nos fue súper bien. Se llenaba de gente. Fueron dos o tres años muy buenos, pero ha ido decayendo... Sobre todo porque se abrieron más locales a los lados y el tipo de gente que va a la Plaza Alonso no es la misma que va a los galpones. Además, hay

² Ver plano de ubicación en la página 63.

comerciantes que compran mercadería de formas turbulentas y hacen que bajen más los precios. Ahora hay que pagar impuestos, patente y también aguantar a los ambulantes”, denuncia. A pesar de que ella siente que hubo un progreso en dejar la calle y adquirir los locales, se hace cómplice de las denuncias contra la administración de Ravinet, quien “incumplió muchas de sus promesas”.

Actualmente, las Plazas Techadas albergan a 1.250 locatarios que fueron profundamente afectados por el aumento de la cesantía entre los años 1998 y 2001, en especial por el incremento del comercio ambulante en la concurrida calle Placer, donde no sólo las ventas están a la orden del día sino también los espectáculos. Algunos cantan rancheras y también se presenta el baterista apodado “Elvis” con su instrumento fabricado con *pelelas* y tarros junto a su travesti bailarina. En el mismo paseo, los transeúntes se pueden fotografiar junto a una pintoresca llama.

Iván Figueroa recuerda sus inicios en el persa cuando apenas tenía 12 años. “Desde que tengo uso de razón estoy en la calle”, explica. Entonces ayudaba a su familia con un puesto de comida en calle Bío-Bío. A los 50 años intenta seguir viviendo como comerciante.

Sin embargo, los locatarios critican la labor de sus dirigentes. Sergio Contreras, un lúcido y todavía esbelto librero de 76 años, no oculta su molestia con la cooperativa. “(Este persa) siempre ha sido mal organizado porque los dirigentes vienen con los vicios sindicalistas de afuera. La falta de educación de algunos hace que haya mala administración

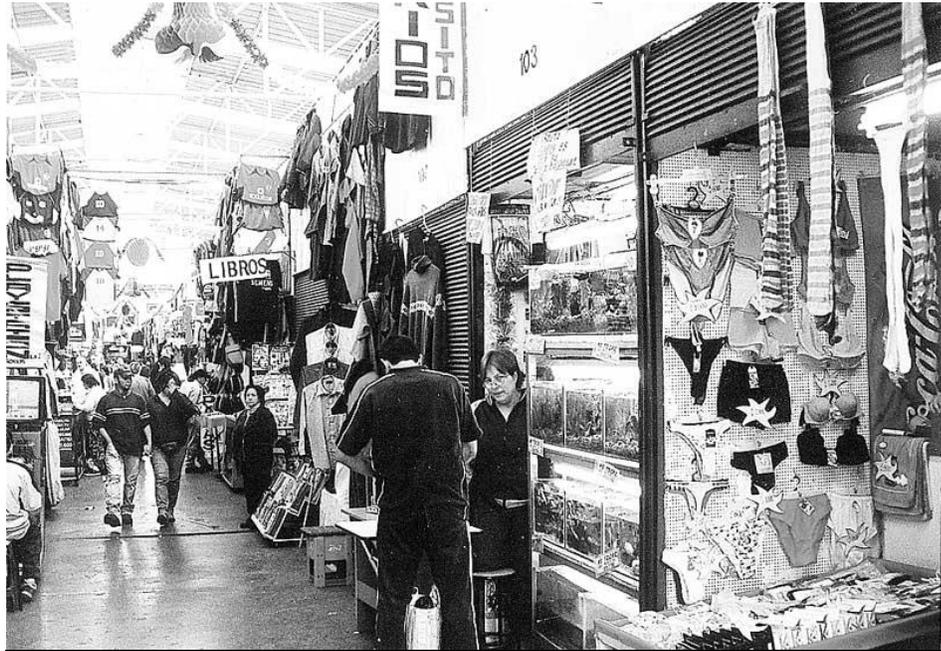
y la mayoría de nosotros está en ese frente de reclamo”, ataca, y remata diciendo que “esto podría haber dado mejores resultados”.

Contreras denuncia manejos fraudulentos con los pagos de gastos generales, ya que la directiva ha tenido poca transparencia en la designación de esos fondos. Además, “las reuniones son puros *cagüines*”, acusa con propiedad Contreras, quien explica que sólo ha continuado ahí porque es su única fuente de trabajo.

La joven comerciante Paola también se une a este reclamo. “Las dos plazas están comandadas por una sola cooperativa, hay peleas constantes entre los representantes de cada lado y la gente que está a cargo de las directivas es muy inculta porque vienen de la calle. Quizás saben vender pero no tienen estudios para administrar un persa. Lo único que saben es acomodar a sus familiares y amigos, darles las mejores ubicaciones y molestar a los locatarios que no les caen bien. Por ejemplo, dicen: ‘Vamos a poner cerámica’, cobran 15 mil pesos y el trabajo les costó seis mil... ¡Si hay dirigentes que de la noche a la mañana se compraron un auto con la plata del resto!”, denuncia.



Cachorros en venta en la calle Placer, entre Arturo Prat y San Francisco.



De todo se puede encontrar en las Plazas Techadas del Bío-Bío: peces, libros o lencería.

Capítulo III: El Barrio Franklin Matadero

El barrio Franklin comenzó a formarse a fines del siglo XIX. En sus inicios tenía un perfil que combinaba lo comercial e industrial con los espacios residenciales, los que se fueron reduciendo progresivamente.

Ubicado en la salida sur de la ciudad de Santiago, este sector comenzó a tomar forma luego de la promulgación de la constitución de 1833, durante el gobierno de Federico Errázuriz Zañartu (1825-1877).

En 1875, la población de la capital alcanzaba los 129.807 habitantes y los límites de la ciudad fueron ampliados por Benjamín Vicuña Mackenna (1831-1886), quien fue nombrado intendente de la ciudad de Santiago en 1872, hasta el Zanjón de la Aguada. Entre el Zanjón y la actual Avenida Matta se levantó a principios del siglo XIX la parcela de los curas franciscanos, llamada El Conventillo. Más al poniente se encontraba el predio del médico Nataniel Cox (1785-1869). Pero el que daría origen al centro del barrio Franklin sería el llamado Potrero San José, propiedad de don Diego de Vidal, cuyo nombre se debe a que se habían instalado en el lugar miserables viviendas.

El llamado extremo sur creció tardíamente y se ganó en pocos años el estigma de suburbio. En la década de 1830, pobres ranchos comenzaron a instalarse en toda la zona. Familias completas vivían hacinadas, en lo que más tarde Vicuña Mackenna nombró “El

potrero de la muerte”. Allí, entre la oscuridad y los pantanos, los bandoleros establecieron su punto de trabajo.

En el año 1847, en terrenos adquiridos por la municipalidad, se construyó el edificio para el Matadero de Santiago, cuya historia está íntimamente ligada a la del Barrio Franklin. Su construcción provocó un gran estímulo para el desarrollo del sector, que adoptó un rol eminentemente comercial y popular.

Más tarde, la línea del ferrocarril, que comenzó a construirse en 1897 y culminó en 1911, confirmó los límites de Santiago, evitó la expansión del suburbio y facilitó el transporte de pobladores y carga, que embarcaban o desembarcaban en la estación San Diego (dada de baja en 1995).

Las primeras villas residenciales construidas en esta área fueron Nataniel, Galvez y Germania (al final de San Diego y hasta Santa Rosa), a la que se sumó en 1911 la Huemul, construida por la Caja de Crédito Hipotecario, entre las calles Franklin, Huemul, Placer y Lord Cochrane.

En los años venideros el comercio formal e informal fue en aumento, sobre todo en las cercanías del Matadero.

Actualmente, el Barrio Menor Franklin Mercado (como lo nombra la Corporación de Desarrollo de Santiago) tiene sus límites al norte en calle Ñuble, San Diego por el

poniente, la línea del ferrocarril por el sur (que además marca la frontera con la comuna de San Joaquín), y San Isidro por el poniente. Está inscrito en el barrio mayor Parque O'Higgins, pero por sus peculiares características es considerado como una unidad.

Actualmente, su vocación es eminentemente comercial, como lo fue desde un inicio. Su paisaje reúne cits, plazas, galpones y algunos sitios eriazos que con el paso de los años se han comenzado a utilizar.



Otro persistente en este cuento es la peluquería “El jibarito” que funciona en el Galpón 4.



A la izq., la desaparecida tienda de Mascotas Exóticas y Acuarios (1998). A la derecha, alguien que continúa en su labor, así como las paredes del Persa, ciego, sordo y mudo.

Capítulo IV: Ambulantes e ilegales

Hacia 1993, el comercio minorista en el Barrio Franklin abarcaba un 71% de las más de dos mil patentes comerciales repartidas a locales establecidos y a comercio en la vía pública. Mientras que 2.500 vendedores sin permiso poblaban las calles y 1.100 locatarios funcionaban sin patentes al interior del persa Bío-Bío.

Para el alcalde Jaime Ravinet el problema del comercio informal fue una piedra en el zapato y ya desde 1992 había declarado una encarnizada lucha contra los comerciantes, que finalmente culminó con la construcción de las Plazas Techadas y con la venta de las respectivas patentes. Sin embargo, el proyecto original dista mucho de lo que se concretó en la realidad.

Galpones de ensueño

El proyecto original de las Plazas Techadas Persa Bío-Bío, ideado por la Corporación de Desarrollo de Santiago en 1994, formó parte del llamado “Plan de referencia para el nuevo Barrio Franklin Matadero”, que aunque sigue en pie no muestra muchos avances.

Dicho documento formulaba como sus objetivos reestablecer el uso de aceras y calles para uso peatonal y comercial, además de trasladar el funcionamiento de la feria persa

Bío-Bío a dos recintos: el terreno de Maderas Alonso, en Placer esquina San Diego; y los de Magosa, desde la llamada Plaza de los Toros (actual estacionamiento) hasta Santa Rosa.

A esto se agregaban ofrecimientos de mejorar el espacio público, algunos de los cuales se quedaron más bien en la promesa, como fueron las de arborizar y apoyar a la organización de estos comercios. Pero lo que concitó la mayor desilusión de los comerciantes que se afiliaron a este proyecto fue el quiebre del compromiso de no permitir el establecimiento de más comerciantes en los sectores aledaños. “Reiteramos a ustedes que tal como ha sido reiterado por la I. Municipalidad de Santiago, una vez inauguradas las Plazas Techadas, no se autorizará ningún tipo de comercio informal en las calles”, aseguró la Corporación a los comerciantes del persa en una carta firmada el 28 de marzo de 1994.

Cada puesto costó a sus propietarios, quienes lo financiaron a través de distintos créditos, 100 y 155 UF (cada UF costaba \$10.500). Pero después de los grandilocuentes discursos iniciales el sueño comenzó a hacerse humo.

Comercio en la vía pública

Tal como lo ratificó Ravinet en su discurso inaugural para el III Seminario Internacional “Comercio informal y desarrollo urbano”, en el marco del Reencuentro de Dos Ciudades: Ciudad de México y Santiago, “el comercio en la calle tiene una raíz bastante más profunda que sólo la crisis del petróleo en los 70 o la tasa de desempleo de

Chile en los 80 (...) Tiene una raíz étnica bastante grande”. Eso que Ravinet llamó “étnico” era una referencia a la costumbre de casi todos los pueblos del mundo de mantener vivas ciertas instancias de comercio informal, donde el contacto directo con el vendedor y su ayuda para encontrar lo que se busca es primordial.

En el mismo simposio, el embajador de México en Chile, Jorge Navarrete, agregó otros antecedentes a la subsistencia del comercio en la vía pública. Reiteró que éste se elevó como respuesta a la crisis de los 80, pero sumó la desigualdad en la redistribución de ingresos y la “consolidación de esquemas comerciales formales que excluyen a segmentos importantes de la población urbana”. No obstante, ambos análisis caen en el error de considerar el comercio callejero como un efecto del subdesarrollo.

Según los investigadores del Programa de Economía del Trabajo (PET), Raúl González y Jorge Rojas, que también participaron de este seminario, el tema de las transacciones en la calle ha sido tratado desde tres aproximaciones. Primero como un problema urbano multidimensional, con efectos como el daño a la higiene pública, el no pago de impuestos, la obstrucción de la circulación urbana, promover una mala imagen de la ciudad, ser foco de delincuencia y establecer una competencia desleal con el comercio establecido. La segunda es la visión de este tipo de comercio como efecto de un mal desarrollo económico, que cae en un enfoque estructuralista, asumiendo la cuestión del intercambio informal como un efecto y no como un fenómeno con características propias.

La perspectiva más comprensiva de esta manifestación social es la que mira al comercio en la vía pública como una “actividad compuesta de prácticas, lógicas, normas y organización”, que intenta rescatar las dinámicas internas del fenómeno que le dan sentido a su existencia (aún en países desarrollados).

El nuevo Barrio Franklin Bío-Bío

También en 1994, se redactó el famoso “Plan de referencia para el nuevo Barrio Franklin”, cuyo principal desafío era reestructurar el centro comercial de ese sector, para constituirse en un subcentro metropolitano de comercio, servicios y otras actividades.

El proyecto era bastante completo y planteaba la construcción del Parque Centenario, un área verde y de esparcimiento que comunicaría con las cocinerías de las Plazas Techadas y sería habilitado en el espacio vacío de la línea férrea. La casi ausencia de inversiones en infraestructura de importancia desde la instalación del Matadero hacía un llamado urgente a los urbanistas, quienes pretendían realizar un singular hermoseamiento del sector, sin perder el “carácter popular y típico” de sus avenidas.

Además, este proyecto incluía la rehabilitación de dos espacios culturales, el Teatro Huemul (que terminó en 1999 y fue utilizado como locación para el filme “Coronación”, de

Silvio Caiozzi, estrenado en el 2000), y el cine Prat, que finalmente no llegó a materializarse.

Sin embargo, parte de este proyecto fue llevado a cabo, tanto al final de la gestión de Ravinet como al comienzo de la que llevó su sucesor, Joaquín Lavín. Las obras fueron: la construcción de anaqueles para los comerciantes de la vía pública en Franklin, desde Santa Rosa hasta San Diego; la construcción de las Plazas Techadas; la repavimentación de veredas y la reposición de luminarias en Placer, entre Santa Rosa y San Diego; la construcción del Mall del mueble, ubicado en Arturo Prat con Placer; la transformación de carnicerías Arturo Prat en la Galería del Mueble; la conversión de la antigua Sala de Calderas del Matadero en tiendas de muebles y establecimientos gastronómicos y la pintura de algunas fachadas.

Así se terminó, prácticamente, con los terrenos baldíos que quedaban en el sector de Placer, pero nunca se han concretado los proyectos inmobiliarios (tres torres de edificios de doce pisos), ni el del Parque Centenario, ni tampoco se ha transformado el lugar en un sitio más ordenado.

Capítulo V: El persa hoy

Desde su génesis, el amplio sector conocido como persa Bío-Bío, que abarca al Mercado Víctor Manuel, al Galpón tecnológico de Placer, las plazas techadas y los pequeños galpones de San Isidro I y II, Nuevo San Isidro, Persa Sur y el escondido Persa Prat, ha experimentado constantes cambios.

El más visible de ellos es la diversificación de los productos que ahí se expenden. En la actualidad, el persa está a medio filo entre la modernidad y la tradición. Sus pasillos no sólo ofrecen antigüedades, cachureos o libros de segunda mano. También hay un espacio para la tecnología de punta: computadores, impresoras, novedosos *softwares* y los cotizados DVD han ocupado un espacio importante en las actividades de este comercio que, a excepción de las plazas techadas, abre sólo sábados, domingos y festivos.

La piratería

Una de las actividades más lucrativas que se creó en los últimos años, por el avance de las tecnologías, es la copia de discos compactos. Esta actividad se desarrolla, en forma “industrial”, en la calle Placer, donde los vendedores se instalan con una sábana de carátulas de programas computacionales, música y películas recientes (en DVD y VHS) y

piden reposición de la mercadería ya sea por teléfono o con señas a alguien que les espera con la carga.

Los galpones del Víctor Manuel no están exentos del fenómeno de la piratería. En el Galpón 6, el más concurrido de todos, existe un local que ha desarrollado un organizado sistema de seguridad para vender sus *softwares*. Tienen una cara visible, un local con material original que es el que está abierto al público, mientras que al lado hay un espacio sellado con cortinas de fierro, donde se encuentran los encargados de pasar por una rendija los títulos pedidos por el cliente. Además, siempre tienen una o dos personas vigilando para, en caso de llegar la fuerza pública, también encerrarse herméticamente dentro del puesto que hasta el momento estaba a la vista. Incluso, el hecho de fotografiar el local es objeto de enfrentamiento con los encargados de custodiar su seguridad.

Ya varias veces estos hábiles reyes del pirateo se han enfrentado con Carabineros, pero su estrategia de seguridad les ha valido seguir funcionando en la mayor impunidad.

También el Víctor Manuel es famoso por las copias de VHS, uno de los locales del Galpón 6 tiene un sistema donde las copias de películas taquilleras como “Shrek” o “Monsters Inc.” son pedidas a un tercero (que se encuentra afuera del persa) a través de un *walkie talkie*. Mientras, en el mostrador sólo exhiben cintas originales.

Los juegos de Playstation y otras consolas también son el fuerte de los persas del sector, en especial el de las Plazas Techadas, donde se puede encontrar incluso las llamadas copias paraguayas, que gozan del favor de lucir tal como el original.

Asimismo, existen copias de discos compactos. Sin embargo, muchos de los vendedores de los galpones ejercen un pirateo artesanal. Hacen sus copias en el hogar y no compran a los distribuidores de discos piratas. En gran parte, la música que venden no comulga con lo masivo. Así es que para encontrar el disco pirata de Axé Bahía, por ejemplo, es mejor buscar a los ambulantes.

La prensa se ha encargado de hacer brillar la fama de los artículos copiados que se expenden en el sector Bío-Bío, ya sea anunciando –sin la seguridad que requiere el caso– la aparición de la copia de la última película de la saga “La guerra de las galaxias”, antes de su estreno, o haciendo coloridos registros de las incautaciones realizadas en sus inmediaciones.

El administrador del Mercado Persa Víctor Manuel se queja de que la prensa destaca las falsificaciones, o la venta de artículos robados o de pornografía, antes que el verdadero valor del mercado. De todos modos, dice él, la piratería dejó de ser un problema de la administración. “Ya no nos compete a nosotros, sino que al arrendatario. Dentro de una cláusula en el contrato pusimos: ‘la autenticidad de las especies es única responsabilidad de aquel que las expende’. Por eso me evité ir al juzgado, porque antes me pasaba en tribunales”, precisa.

Personajes y coleccionistas

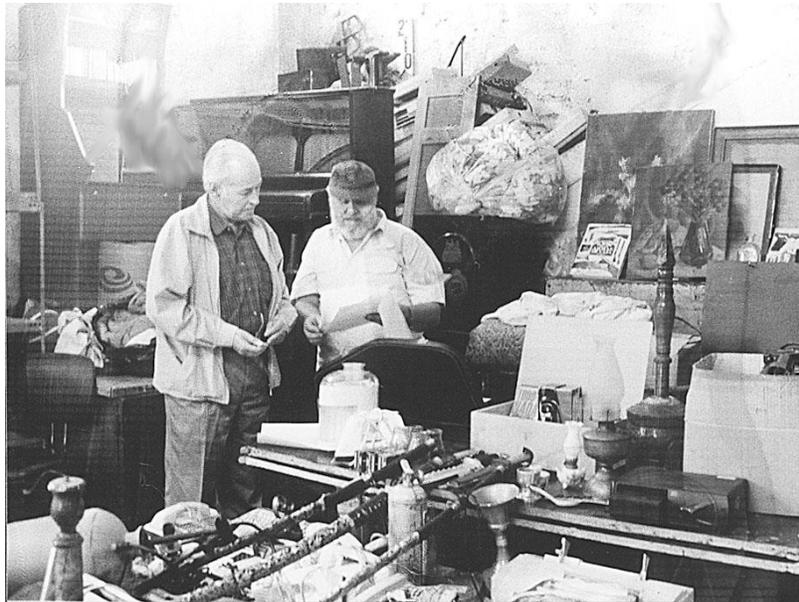
Los fieles coleccionistas son quienes han mantenido la singularidad y tradición en el persa Bío-Bío. Anticuarios, librereros, melómanos, cinéfilos y cachureros ofrecen una variedad inagotable de artefactos que conviven sin bemoles con los últimos adelantos computacionales. Algunos de estos comerciantes se han convertido en personajes reconocibles dentro de la fauna que albergan los galpones del sector.

Están los inaccesibles, aquellos veteranos de tomo y lomo que no piensan perder el tiempo en entrevistas o no pueden contestarlas. Por ejemplo, el mendigo que se sienta todo el fin de semana en la calle Placer junto a un cajón que lleva escrito “Ciego y sordo”. Otro de ellos es un excéntrico anticuario, muy conocido de los locatarios, que se pasea en bicicleta fumando cigarrillos con boquilla y sosteniendo el manubrio con pericia a pesar de que sus manos son ortopédicas.

Los demás han resaltado por su personalidad o por el carácter único de los artículos que expenden. Pasemos lista a algunos de ellos.



Carlos Saavedra, el coleccionista de artículos nazis de la II Guerra Mundial.



Santiago Durán, presidente del sindicato del Persa Víctor Manuel.

Carlos Saavedra, nacional socialista

Uno de los que se ha llevado el honor de aparecer en cuanto reportaje se ha hecho a este informal comercio es don Carlos Saavedra, quien a sus 69 años se ha convertido en uno de los pocos coleccionistas de artículos de los ejércitos chileno y alemán, que datan en su mayoría de la segunda Guerra Mundial. Saavedra cree firmemente en la ideología nazi, interés que le surgió de niño en su Valdivia natal cuando comenzó la lectura de “Mi lucha”, el manifiesto de Adolf Hitler.

Esto le ha valido varios encontrones con personas que condenan todo tipo de reivindicación nacional socialista. “Algunos judíos vienen a insultarme, me han hecho hasta amenazas de muerte”, señala.

Los objetos que vende son poco comunes y llaman la atención de mucha gente. En especial una chaqueta de cuero de las SS (\$300.000). También tiene medallas de la II Guerra Mundial, otra que data de 1899, que fue sacada de los muertos de Stalingrado (\$60.000 y \$70.000), y muchos más objetos de origen chileno: fotografías, condecoraciones y uniformes del ejército dados de baja.

Su negocio comenzó en 1999 y la afición coleccionista de Carlos Saavedra se gestó sólo seis años antes. En un comienzo tenía sólo monedas, libros y símbolos nazis. Pero un día “llegaron dos rusos a mi puesto y empezamos a trabajar juntos. Ellos traen cosas que se

encontraron almacenadas en los bunkers y enterradas en Stalingrado o Leningrado”, confiesa el comerciante.

Saavedra además es un líder dentro del movimiento nacional socialista chileno. En el 2002 viajó a España, en su primera salida de Chile, para participar en la cita anual de la Falange.

Este coleccionista era mecánico industrial y ante la decadencia de este rubro en el país se vio obligado a tomar su *hobby* de fin de semana como su principal fuente de ingresos. Por eso no duda en condenar el mal manejo de la economía en nuestro país. “Todas las cosas que llegan a Chile son traídas desde Miami, Estados Unidos, las compran a bajo costo, pero están hundiendo la industria nacional. Ellos no saben que están matando la gallina de los huevos de oro porque al haber más desempleo, ¿a quién le van a vender esas cosas?”, alega Saavedra.

Santiago Durán, cachurero

Santiago Durán es otro personaje que puebla los galpones del Víctor Manuel y no sólo eso, él es presidente del sindicato de comerciantes de este persa, que fue el primero de todos los del sector.

Este hombre llegó al Víctor Manuel hace 20 años, y antes trabajó en la calle durante varios años. “Cuando llegué recién se estaba habilitando como comercio”, recuerda.

Los cachureos que vende se transformaron en su principal fuente de ingresos cuando quedó cesante y se le hizo difícil encontrar trabajo por su edad. Se le suele ver comiendo grandes sandwiches de ave palta a la hora de almuerzo y conversando con una gran cantidad de clientes frecuentes que siempre lo visitan.

El único problema que ha tenido el persa, a su juicio, es que sus comerciantes son muy perseguidos: “las autoridades, Impuestos Internos, todos nos persiguen. No entiendo mucho a las autoridades, porque al que está trabajando lo persiguen siempre. Si no dejan que se suban a las micros los están obligando a delinquir”, opina. Durán es otro de los que culpa sin miedo al alcalde Ravinet de las penurias que ha pasado el persa. Por eso ahora dice estar más tranquilo.

El sindicato que él preside se formó en 1986. “Su función es tratar de defenderse de los ataques de todos lados: del dueño del persa Víctor Manuel, que lo único que ha hecho es enriquecerse a costillas de nosotros, y de las autoridades que tratan de liquidarnos de cualquier forma”, reclama.

Sin embargo, su labia y simpatía no han tenido tan buenos resultados en las distintas negociaciones con las autoridades. Actualmente, la labor del sindicato es casi nula, así como su poder como coordinador de los comerciantes, que constituyen una población

flotante que varía mes a mes. “Al sindicato no le dan mucha bolilla porque no es muy creíble”, opina el librero Jorge Orobía, quien trabaja en el mismo galpón que el dirigente.

Sergio Navarro, el cinéfilo

A sus 73 años, Sergio Navarro puede decir con propiedad que el cine es su vida. Hace medio siglo que comercia filmes en 16mm, proyectoras y ampliadoras para los fanáticos del séptimo arte. “Siempre he vendido cosas de cine y parece que voy a morir vendiendo estas cosas. Es una afición que he tenido desde niño”, cuenta.

En la década del 50 comenzó con un puesto en el antiguo Persa Balmaceda, ubicado frente a la ex Penitenciaría. Después, se trasladó junto con los demás feriantes al Parque de los Reyes. Pero, la nueva ubicación no funcionó, así que emigró al Bío-Bío. Primero se apostó en el Víctor Manuel y ahora sigue su giro en el San Isidro II.

Su rincón de nostalgia ha ido quedando cada día más aislado, debido al aumento de las tecnologías. “El video mató un poco estas cosas, quedamos los más aficionados no más, los que realmente nos gusta el cine. Lo otro es la comodidad de estar viendo un video”, explica.

Su amor por el cine comenzó como un *hobby*. “En la escuela veía películas debajo de los bancos, con un espejo y un antejo, le ponía películas de 35 y se veía grande.



Sergio Navarro, el cinéfilo que tuvo que cambiarse a un pequeño puesto en el San Isidro.



Courbis ha observado la historia del Persa desde su infancia. Ahora tiene 73 años.

Después me hice una proyectora con un cajoncito”, recuerda. Incluso, cuando su hermano menor imitó la travesura, estuvo a punto de quemar su casa.

Sus películas favoritas son las de Chaplin, esas que perduran a pesar de sus años, y su sueño es que el cine no desaparezca jamás.

Para quienes se tienten, la oferta de filmes de 16 mm va desde \$1.000, para un cortometraje, hasta más de \$30.000, precio de los largometrajes.

Ximena Miranda, la empresaria de los primeros auxilios

Ximena Miranda se convirtió en todo un personaje del persa Bío-Bío en 1999, al recibir un premio del banco Bhif (ahora BBVA) como la mejor empresaria en la categoría “enfermedad económica”. Este hecho marcó un precedente: por primera vez se destacaba a un empresario de ese mercado persa y, además, se trataba de una mujer.

En esa fecha, Ximena tenía 30 años y una pujante fábrica de botiquines, negocio que comenzó a los 16. “Nació de pura necesidad, por intentar crecer”, cuenta la mujer en el 2003, cuando su empresa está consolidada y se dedica exclusivamente a fabricar estos enseres, abandonando la venta directa.

Desde sus inicios con el puesto en el persa Víctor Manuel, en 1986, nunca imaginó que podría recibir un premio y mucho menos que su propia empresa, llamada Xam (por las

iniciales del nombre de su madre), surgiría de esa forma. En ese tiempo “sólo pensaba en el presente”, señala. Y es que en los primeros años no todo fue color de rosa para Ximena. En un principio, tuvo que enfrentar diversos inconvenientes por ser menor de edad y más encima mujer.

Pero lo que entonces fue una dificultad, se transformó en una ventaja. Xam factura alrededor de 200 millones de pesos al año y, aunque ahora su local en el persa está en arriendo, destaca al Bío-Bío como un lugar donde “se puede transar muchas cosas y puedes hacer hartos contactos”.

Charles Labra, el cantante popular

Durante más de seis meses, la voz y música del cantante Charles Labra y su grupo Antu kai Mahuén, que significa Sol y Lluvia en mapudungún, acompañó a los transeúntes del persa Bío-Bío. Asentado en la calle Placer, cada sábado y domingo entonaba las canciones que lo hicieron famoso con Sol y Lluvia como “Un largo tour” y otras de su nuevo repertorio. El cantante comenzaba cada sesión diciendo que iba a “devolver al pueblo lo que es del pueblo”.

Pero como nada es gratuito, en agosto del 2003 tuvo que cambiar su escenario, debido a sus problemas para conseguir un permiso en la comuna de Santiago. “Me instalé en el Bío-Bío sin permiso. Duramos un buen tiempo ahí hasta que un día llegó Carabineros y nos llevó detenidos. Por suerte el capitán que estaba a cargo era fanático de Sol y Lluvia y

me soltó porque me ubicaba. De lo contrario, me habrían quitado los instrumentos y me habrían detenido”, cuenta el cantante que se separó de su agrupación Sol y Lluvia en agosto del 2000 para volver a cantar a las calles.

Lamentablemente, Charles considera que ni siquiera vale la pena el esfuerzo para conseguir el papel que le permita volver a cantar en el Bío-Bío. Según él, para conseguirlo tendría que ser amigo de Lavín o cantar en su bando. “Intenté conseguir el permiso, pero ya habían sido repartidos y se los dieron a gente como El Gitano que se instalaba en el mismo lugar donde yo tocaba y me acallaba con sus equipos de amplificación. La última vez nos llamaron a una audición con gente de la Municipalidad, pero yo no quise ir porque sé quienes son, sé cuál es la actitud que tienen conmigo y hubiera sido una pérdida de tiempo”, explica.

Este cantante con pinta de hippie de 51 años nunca pensó que le iba a ser tan difícil cantar en las calles. Ni siquiera piensa en volver al persa porque “sería un *kamikaze*, no duraríamos dos canciones antes de que nos saquen”. El mayor problema para Charles es el no poder cantar. “Además los permisos prohíben la amplificación y venta de cualquier producto, así que no puedo vender mis cassettes y CDs. Tendría que cantar *a capella* y eso significa un desgaste enorme. Aquí hay gente que tiene la *pasada* con los inspectores, no les hacen problemas porque están muy bien evaluados por la Municipalidad de Santiago. Pero quien tiene un discurso en su trabajo, como es mi caso, que soy más un comunicador social que un cantante, tiene problemas. Pero si haces algo blanco, música que no diga nada, no importa”, critica definiendo su discurso antisistémico.

Ahora el ex Sol y Lluvia optó por subirse a las micros a buscar a su público. En esos transportes firma autógrafos, se saca fotos con los pasajeros e incluso le salen algunos *pitutos*. Se olvidó de la municipalidad de Lavín, aunque no puede olvidar al persa, donde se mezclan tantas mentes distintas y gente de diferentes clases sociales.



Revistas de ayer y hoy. Una imagen del Persa Víctor Manuel. Septiembre 1998.



Este experto en guitarras todavía sigue firme reparando encordados y clavijas rotas.

Fanáticos del persa Bío-Bío: la voz del pueblo

El Bío-Bío es el mercado persa más famoso y concurrido de Santiago, gracias a los miles de capitalinos que lo visitan diariamente. Algunos se repiten el plato sábado y domingo y otros simplemente van cada vez que necesitan algo, pero cada día se suman a los clientes habituales nuevos defensores de la tradición de este singular persa.

Jorge Francisco de la Rivera (53), por ejemplo, asiste junto a su esposa todos los domingos porque se confiesa un *fan* de los cachureos. Hace ya cinco años que el persa es su imperdible paseo dominical y en ese tiempo ha encontrado un centenar de objetos que exhibe como parte de la decoración de su casa en La Florida. Tiene antiguas trompetas, planchas y objetos típicos de la cultura mapuche. Lo suyo son las antigüedades y tiene la esperanza “de que sigan vendiendo cachureos, porque lo que para algunos son sólo cosas antiguas para otros como yo tienen un valor más importante. El persa ayuda a rescatar esas reliquias y las convierte en artículos de utilidad”.

Otros como María, de 46 años, son más parcós y van “una vez a las mil” al persa. Ella prefiere mirar ropa porque “siempre puede encontrar el precio más conveniente”.

Para Lupe (58), a quien se puede encontrar conversando animadamente con uno de sus *caseros*, la panacea es venir a comprar yerbas medicinales, además no pierde la

oportunidad para probar perfumes nuevos. “En este persa no falta qué comprar”, afirma. Sus visitas son unas dos o tres al mes, viaje que realiza desde Maipú.

El periodista especializado en cine Miguel Ángel Fredes también es uno de los cautivados por el Bío-Bío. “Para mí es un paseo”, sostiene y destaca la importancia patrimonial de sus alrededores. “Está instalado en un barrio histórico, frente a la población Huemul, uno de los primeros barrios obreros. También está el antiguo matadero, con su mezcla de olores y colores. A pesar de que el municipio ha tratado de acabar con eso, instalando galpones gigantes a la entrada de Placer con San Diego, el misticismo sigue existiendo”.

Para Miguel Ángel el persa representa la posibilidad de encontrarse con gente muy distinta. “Te puedes encontrar con el nortino que fue invitado al estelar de (Aldo) Schiappacasse (‘La última tentación’, de Chilevisión) con su perro acróbata y a Vincent Mejías, quien ganó el concurso infantil de “Rojo, fama contrafama”. Por los pasillos circulan desde *punkies* hasta viejas *cuicas* que vienen disfrazadas para que no se les note”, dice.

Este cinéfilo de 32 años, que vive en Ñuñoa, descubrió este mercado en 1990 y no deja de visitarlo cada semana en busca de DVD, juegos y otros artículos. “En el persa Bío-Bío encuentras cultura de verdad, no la de museo”, opina, y explica que es uno de los pocos lugares donde todavía funcionan el trueque y la confianza. “Es el último reducto de la vida de barrio en pleno centro de Santiago”, remata.

En el caso de Marcio Isamit, tecnólogo dental y radiólogo vecindado en el barrio Patronato (Recoleta), ir al persa es una costumbre. Asiste todos los fines de semana desde 1980. “Primero buscaba libros de ciencia-ficción y esotéricos, luego videos originales de películas y compactos de música. Pero mis últimas adquisiciones han sido para mi colección de DVD, donde tengo una inversión de seis millones de pesos, todos comprados en el persa”, confiesa.

Según él, “(El persa Bío-Bío) Es un lugar extraordinario donde encuentras las cosas más insólitas. A veces vas con la idea de comprar un repuesto de una llave y terminas llevándote un televisor a colores, como me ocurrió una vez. No sabes qué vas a encontrar”, explica.

A Marcio le consta que allí hay quienes consiguen muchas utilidades. “El que me vende los DVD tiene un negocio en pleno Paseo Huérfanos y el fin de semana en el persa gana el doble que en la semana”.

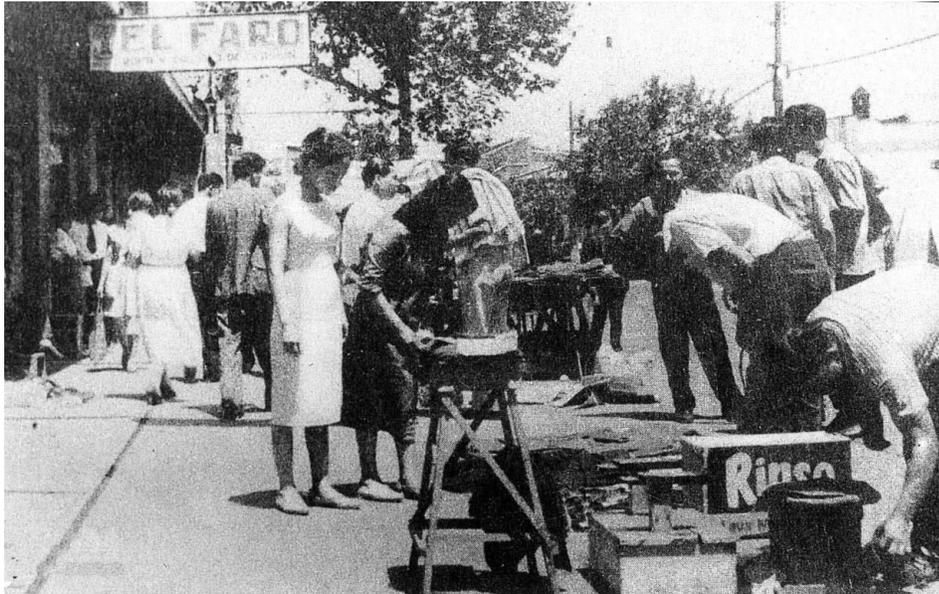
Con 59 años, Marcio recuerda perfectamente el antiguo mercado, que se extendía por todas las aceras de las calles desde San Isidro hasta Víctor Manuel y entre Placer y Franklin. “Era muy difícil recorrerlo, tomaba unas cuatro o cinco horas. Como se instalaban en la vereda, casi no se podía caminar”. En sus años como fiel del persa Bío-Bío también ha aprendido algunas lecciones. Le han robado cuatro veces y una vez lo engañaron

ofreciéndole un televisor miniatura que al menor descuido cambiaban por una bien envuelta barra de jabón.

Pero fuera de las incomodidades, lo que atrae a la gente es la historia del lugar. En este punto coinciden muchos de los feligreses de este mercado. Andrés Díaz (22), quien frecuentemente va a vender ropa de segunda mano o herramientas, piensa así: “lo que más me gusta del persa es que no ha cambiado mucho. Es la imagen rasca, la del roto chileno que sigue viva. Ahí se mantiene toda la cultura de las ferias de las pulgas. Aunque se ha manoseado un poco, continúan existiendo los galpones y las antigüedades”, señala.



Fotografía del Pabellón de Vacunos del Matadero Municipal, tomada en 1912.



“Franklin constituye una de las ferias más novedosas de Santiago” era el pie de foto de esta imagen (1961).

Capítulo VI: Entre el Matadero y el *Far West*

Las historias sobre los tiempos anteriores al asentamiento del persa Bío-Bío y sus primeros años son variadas. Algunas parecen menos creíbles que otras, pero lo cierto es que se repiten en voz de los mayores de 70 que todavía laboran por las calles del mítico Barrio Franklin.

Uno de los rumores más controvertidos es el que asegura que la calle Placer debe su nombre a la gran cantidad de prostíbulos que funcionaban por ambos costados. Aunque no existen pruebas fehacientes de que su nombre derivó de ahí, para nadie es desconocido que los alrededores del Matadero, que en el siglo XIX fueron considerados la frontera de la ciudad, eran un antro de libertinaje y sangre.

Un relato de la Quinta Compañía de Bomberos sobre los cuatro meses en que estuvo a cargo de la vigilancia del Barrio Matadero, pues se suponía que la ebriedad colaboraba al contagio del cólera asiático, grafica claramente el pensamiento de la sociedad acerca de este sector en 1887. Según el escrito del secretario de la compañía, “habiéndole correspondido a la Quinta el barrio del Matadero en las guardias de la ciudad pensó que lo más práctico era reunir a la numerosa población de aquel barrio proporcionándole entretenimientos cultos y educativos que le alejaran de la idea de entregarse a sus excesos habituales”.

La fiesta ofrecida por la Quinta tuvo una concurrencia de ocho mil personas y fue todo un suceso que incluso tuvo su repercusión en la prensa el 6 de marzo de 1887.

Pero la mala fama del sector Matadero, donde actualmente funcionan pequeñas fuentes de soda y restaurantes como el famoso Sherraton, además de distribuidoras de carne y otros tipos de bodegas, poco cambió con el paso de los años. Manuel Courbis recuerda claramente la vida de ese barrio en 1970. “Cuando todavía existía la fábrica de calzados y curtiembres seguía siendo una zona muy peligrosa porque aquí se juntaba mucha gente mala. Ahora esto es una taza de leche comparado con años atrás. Había que lidiar con gallos macanudos, con gallos que andaban con un cuchillo en la cintura y había que tratar de convencerlos de no agredirnos ni hacer nada”, cuenta el comerciante que llegó con los primeros que se tomaron la calle Bío-Bío.

Ellos buscaban dinero y luego lo gastaban en bebida y placeres carnales. El dueño del almacén “San Jorge” (Eduardo Matte 2001), Jorge Naranjo (66) llegó al barrio en 1978 y en esa época las cosas seguían siendo difíciles en materia de delincuencia. “Lo que me llamaba la atención era el hoyo que había aquí porque todos los fines de semana sacaban dos o tres muertos, parecía el *Far West*”, sentencia. La soberbia de sus transeúntes, en especial los temidos matarifes que se paseaban con su machete al cinto, perduró durante generaciones, incluso después del cierre del matadero.

Así lo recuerda Courbis: “Ellos (los delincuentes) y los clientes venían porque se veía mucha plata, aquí se veía mucho billete porque antiguamente ninguna de las tiendas abría sábado ni domingo. Entonces, aquí era como para hacerse rico. Además no se pagaba arriendo ni permiso municipal en la calle”.

“Donde ahora están las plazas techadas –continúa Courbis– había una estación de trenes. Hasta adentro estaba el matadero, desde donde están Las Gangas hasta calle Franklin. Traían a los animales vivos desde los trenes y los faenaban. Salían los matarifes con cuchillos y ensangrentados a recorrer las calles y a mirar *a pata pelada*. Aquí pasaron muchas cosas. El sector era malo, asaltaban gente. Cuando se abrió aquí ya tuvimos un poquito más de seguridad pero también habían robos aquí adentro. Nos venían a robar en la noche, nos sacaban los candados y nos robaban la mercadería”.

En esos tiempos el cruce de Santa Rosa y Placer era un “peladero total”, según cuenta el anciano vendedor. La primera construcción que se veía desde la calle era la antigua zapatería donde se instalaron los galpones del persa Víctor Manuel. “No estaban las casas. Esas tienen unos 25 años apenas. Antes, esos terrenos eran estacionamientos de liebres (buses pequeños). La gente se subía a la 36 que iba para Peñalolén con sacos y bolsos”, dice, y une sus recuerdos como si cobraran vida. “En esos tiempos yo venía con un carrito de la feria a vender mis cosas, cuando vendía todo me iba colgando de una liebre. Se llamaba Portugal El Salto y era la única que me servía”.

Muchos testimonios se unen al de Courbis en otro aspecto: “Después de las cinco de la tarde no se podía andar por aquí. Nunca pudimos abrir el primero de enero porque andaban pandillas y te robaban lo que tenías...”, señala. Él se refiere a la época en que empezó a llegar “mercadería europea” y se condenó la curtiembre a la quiebra. “No sé quién dio la idea a los Massú de arrendarle a la gente, pero hasta ahora ¿cuántos millones recaudan? Si yo pago \$50.000 por un kiosko y somos mil novecientos...”, reclama.

Hasta 1979 todavía sobrevivía el Matadero. Las calles eran de adoquines y estaba lleno de “pensiones rascas” alrededor. Aún se utilizaba leña para cocinar o calentar la casa. Ése es el barrio que Manuel Courbis recuerda, ése que estaba lleno de picadas como las de El Manchado (en calle Franklin esquina Arturo Prat), donde el dueño tocaba el piano y se podía comer pernil hecho en casa con papas cocidas. Ahora en esa casa se levanta una botillería, que está rodeada por una serie de tiendas con artículos para cumpleaños y dulces.

Él también se acuerda de décadas anteriores, en los años 40, cuando existía ese Matadero bravo y cuando todavía se usaban los tocadiscos. “Si algo no les gustaba te echaban a garabato limpio. Venías a comprar un bistec y te daban un kilo. Las vacas llegaban en el tren y las mataban a puro cuchillo, nada de maquinaria. Luego lo cerró Sanidad y fue un golpe muy grande para los matarifes”, rememora.

El rey de la mafia, Mario Silva Leiva

Uno de los mitos contemporáneos de este barrio fue el famoso “Cabro Carrera”. Mario Silva Leiva, el más conocido de los narcotraficantes chilenos, apodado así por sus orígenes como lanza en el barrio Matadero, falleció el miércoles 21 de julio de 1999 a la edad de 74 años en la Clínica Santa María, a consecuencia de un infarto al miocardio que se le produjo en la cárcel de San Miguel, donde permanecía por el delito de montar y operar una red internacional de venta de drogas y lavado de dinero. Silva Leiva recordaba su infancia en el barrio Matadero. A los ocho años, cuando ya jugaba con los niños del sector Matadero, se había quedado sin madre y nunca conoció a su padre. “Delinqué, trabajé en una fábrica de vidrios, en La Vega y así fue mi vida hasta que fui creciendo”, dijo a Qué Pasa en 1997.

La misma publicación decía: “Allí (barrio Franklin) se inició como lanza y carterista y pronto se hizo famoso por su habilidad para robar en tiendas y locales del centro, desde donde escapaba a gran velocidad. Ese atributo le valió el apodo de ‘El Cabro Carrera’. También se afirma que el nombre se debe a su afición por la hípica. Desde joven frecuentó el Club Hípico y se hizo conocido como ‘cartillero’: un experto en adulterar los boletos de las apuestas. A pesar de ser analfabeto, invirtió las ganancias de sus actividades ilícitas en pequeños negocios que estableció en el sector de Franklin, especialmente en la venta de telas. Esto le permitió ‘blanquear’ su patrimonio y amasar una fortuna que, a mediados de los cincuenta, se estimaba en \$10 millones, cifra que según él ‘guardaba en su casa’”.

Estafadores y estafados

La constante vigilancia policial ha disminuido las denuncias por robo en el persa y se ha concentrado en acabar con la piratería, pero la delincuencia está lejos de abandonar este multitudinario paseo de fin de semana.

Paola (24), locataria de Plaza Alonso, denuncia que algunos de sus vecinos utilizan sus puestos para lavado de dinero e incluso otros son parientes de los que andan robando en el lugar. “Por Placer hay muchos dueños que han arrendado sus locales. Por ejemplo, gran parte de los que venden zapatillas son *narcos*. Venden drogas y los mismos vendedores andan todo el día drogados, a ellos les pagan con drogas”, sostiene no sin temor de que su denuncia pueda llegar a oídos de estas verdaderas mafias.

“El ambiente es malo, es poca la gente legal. Entre los ambulantes, los que venden películas piratas, por ejemplo, se pagan el pasaje para ir a buscar los estrenos a Estados Unidos. El Bío-Bío tiene muchas alternativas, hay grandes gangas, pero no hay suficiente fiscalización. No hay nadie que se meta de lleno a limpiar el persa”, denuncia Paola quien advierte que la cantidad de delincuentes que circula por San Diego con Placer es “impresionante” y llega al menos a un centenar al día. Sin embargo, se siente atada de manos porque cualquier delator puede sufrir a mano de los más violentos del sector.

En el Bío-Bío circulan hábiles carteristas, algunos que quieren robar artículos a los locales y otros que se las ingenian para inventar novedosas estafas. Según cuenta una vendedora de calle Placer, una de las últimas es la de engañar al transeúnte con un celular. Les ofrecen un aparato de telefonía móvil con carcasa nueva por diez mil pesos. La gente se reúne sorprendida por la ganga, incluso hacen que la gente haga un llamado de prueba. Sin embargo en fracción de segundos, cuando el individuo se descuida, le ponen la carcasa a uno de juguete y eso es lo que entregan.

Otros de estos engaños son dignos de un premio a la inventiva. “Muestran una filmadora que venden por sólo 90 mil pesos. Y cuando van a comprar llega una mujer que intercambia los bolsos y le pasan cualquier cosa ahí dentro. También hacen lo mismo con unas zapatillas que valen como 200 mil. Ellos las ofrecen a 80 mil, cambian las cajas y el comprador se va con unas zapatillas de tres mil pesos. Eso pasa en el comercio ambulante, no en los galpones. Esos estafadores son los mismos que andan asaltando”, opina la locataria.

Capítulo VII: Los persas del mundo

La costumbre de los mercados persas, nacida en Oriente, se asentó sin problemas en la Europa del siglo XIX, donde se establecieron los más antiguos mercados de las pulgas, que reúnen a anticuarios, cachureros y un sinfín de comerciantes de distintos tipos.

Entre los más conocidos están el mercado de las pulgas de Saint Ouen, también llamado de Clignancourt, en París; así como El Rastro de Madrid; y el Porta Portese, en Roma. También han adquirido renombre en Europa la Feira do Ladrões (Mercado de los ladrones), de Lisboa; y el de Portobello Road, en Londres.

Estos persas tienen sus homólogos en América: San Telmo en la capital argentina; la feria de Tristán Narvaja, en Montevideo, Uruguay; el Wolff's Flea Market, en Chicago, Estados Unidos; y el persa Bío-Bío de Chile, son sólo algunos de los ejemplos.

El Marché aux Puces más importante del mundo

Existen numerosos mercados de las pulgas en Francia, y varios de ellos en el mismo París. Sin embargo, sólo a uno de ellos se le atribuye la cualidad de ser el más grande de Europa. Se trata del Marché aux Puces de Saint Ouen, ubicado en la puerta de Clignancourt,

que comprende siete hectáreas de terreno, con más de tres mil comerciantes y cada fin de semana recibe alrededor de 150 mil visitantes, entre turistas, anticuarios de todo el mundo y público local.

Saint Ouen es probablemente el más antiguo de los mercados de las pulgas del viejo continente. Nacido oficialmente en 1885, año en que se regularizó el horario de este mercado que actualmente atiende de sábado a lunes desde las 9.30 horas, el Marché aux Puces de Saint Ouen reúne una docena de mercados menores en su interior.

El escritor y periodista chileno André Jouffé, quien ha vivido varios años en París, lo describe como "una calle en que todas las casas se transforman en negocio y entre medio existen algunas galerías o caracoles", y agrega, "algunos puestos están en las calles y otros dentro de las casas. Ahí se puede encontrar de todo, incluso hay varios cafés y restaurantes".

Reconocido como patrimonio nacional en Francia, este mercado se asienta a los pies de las antiguas fortificaciones construidas por Luis Felipe de Orleans en 1840, que en forma de aro rodean París. Su nombre se liga a la leyenda de que algún visitante miró el desorden de este gran mercado y dijo "Esto es un mercado de pulgas". Para André Jouffé esta expresión también está ligado a los míticos circos de las pulgas. "Aunque este tipo de mercados fue adaptado a partir de los socos de Túnez, que fue colonia francesa (que también existían en Libia, Argelia y Turquía), no se les podía dar el mismo nombre, por lo mismo se buscó el de mercado de las pulgas", explica.

Jouffé ha vivido varias anécdotas en sus numerosas visitas a este mercado, algunas de las cuales relata en su libro "Bye, bye París" (Planeta, 1997). Ahí cuenta que "Ramón Contreras compró un Matta en veinte dólares, que el propio artista autenticó". Fuera de este viaje literario, Jouffé también reconoce que es fácil equivocarse en las compras, como una vez que adquirió un armario chino, que luego encontró en la tienda Falabella.

Saint Ouen está lleno de falsificadores, y –al igual que nuestro persa Bío-Bío– no está exento de piratería. Sin embargo, la delincuencia y la venta de especies robadas han sido prácticamente erradicadas en este mercado. Según confirma el periodista chileno, "el resto de la semana es como muerto. En esos días se reciben cosas, se entregan otras y se hacen muchas transacciones". Incluso, algunos de los mercaderes recorren toda Europa en busca de exclusivas mercancías.

No obstante, en comparación con el persa chileno, en Saint Ouen no se vende tanta tecnología ("nadie va a comprar un computador en Clignancourt", dice Jouffé) y el regateo es menor.

El Rastro, de matadero a mercado persa

Aún más tradición alega tener El Rastro, el famoso mercado de Madrid que está cercado por las calles de Toledo, Embajadores y Ronda de Toledo. Según se ha escrito, este

mercado forma parte de la historia de España desde hace unos 500 años y es parte de la herencia que los moros dejaron en ese país.

Su nombre se debe a que en aquel lugar se encontraba inicialmente el Matadero y apunta al rastro de sangre que dejaban las reses trasladadas de un lugar a otro.

Es tal la importancia de El Rastro para los madrileños, que incluso se le ha dedicado una obra cumbre. "El rastro", de Ramón Gómez de la Serna, publicado por primera vez en 1914, detalla *"El Rastro no es un lugar simbólico ni es un simple rincón local, no; el Rastro es en mi síntesis ese sitio ameno y dramático, irrisible y grave que hay en los suburbios de toda ciudad, y en el que se aglomeran los trastos viejos e inservibles, pues si no son comparables las ciudades por sus monumentos, por sus torres o por su riqueza, lo son por estos trastos filiales"*.

Para Miguel Angel Felipe, editor de Fotografía de Las Últimas Noticias, El Rastro también tiene un emotivo significado. "Yo llegué a Madrid el 87 a estudiar Periodismo y no conocía mucha gente. Tenía la información de que los domingos se ponía El Rastro y era algo típico de Madrid. Entonces el primer domingo fui a ver. Me encontré con un mercado de las pulgas distribuido en un montón de calles en el centro sur de Madrid, ubicado en un barrio histórico, y se convirtió en un sitio que visitaba con cierta frecuencia", recuerda.

Miguel Angel se asentó durante cinco años en la capital de su tierra natal y El Rastro es uno de los lugares que le trae más recuerdos. "Tiene su cosa castiza, muy madrileña, del

Madrid antiguo. Me recuerda las fotos de Robert Capa sobre la guerra civil española. Es un sitio por donde el tiempo pasa de otra manera, tiene un anacronismo exquisito. Para todos es una institución, es una visita habitual ir los domingos a El Rastro y siempre compras algo. Llegábamos tipo 11:30 y paseábamos hasta las 15:00 y luego nos íbamos de tapas por los bares”, comenta.

Como buen estudiante, sus primeras compras fueron libros de periodismo y artículos de fotografía. “Es un sitio con mucha vida, es entretenido ir a mirar”, acota, aunque no está ajeno a los peligros de esta zona. “Dicen que es un poco peligroso también, creo que más ahora que en mis tiempos. Es lo que te puede pasar en cualquier ciudad grande y en un lugar donde se reúne mucha gente, pero siempre está el mito de que en estos mercados se venden cosas robadas. En Madrid existe la creencia de que si te roban algo lo vas a encontrar en El Rastro”. Incluso recuerda que durante sus primeros meses en Madrid fue embaucado por un sujeto que apostaba en el típico juego de dónde está la bolita. “De repente me dijo préstame algo porque esta vez adivino, le pasé mil pesetas (tres mil pesos aproximadamente) y entré en contacto con esa realidad”, explica riendo.

En ese sentido las ferias de las pulgas de Madrid y París en poco difieren de nuestro santiaguino persa Bío-Bío.

Capítulo VIII: Sobrevivir en el persa, un experimento de observación participante

Explorar la realidad del persa Bío-Bío desde dentro resulta un experimento más que interesante. Con este fin, levanté un puesto en el sector 8 del Galpón 6 del Mercado Persa Víctor Manuel, uno de los sectores menos visitados de la feria.

Los vecinos eran un completo puesto de revistas que recibía muchos visitantes, un improvisado kiosko con bebidas, dulces y periódicos y al frente se ubicaba un local dedicado a vender insectarios. El descabellado proyecto consistía en mantener –junto a un socio– un puesto en que ofrecíamos música alternativa copiada en casa, poleras estampadas con imágenes de comics y películas, ropa usada y algunos libros.

El arriendo del local, que medía cuatro por dos metros, costaba 40 mil pesos que cubríamos entre mi socio y yo. Comenzamos la empresa en junio del 2002. Algunos días simplemente no se vendía un sólo disco y otras jornadas nos deshacíamos de una docena (a 2 mil pesos cada uno). Así, entre altos y bajos, al mes no resultaban más de 50 mil pesos y casi la mitad la absorbía el arriendo. Sin embargo, con la esperanza de generar una clientela, decidimos continuar en este avezado proyecto.

A pesar de nuestras buenas intenciones, la tienda se fue a pique luego de un incidente del cual salvé por casualidad. Aunque solía asistir todos los fines de semana, el

feriado del 15 de agosto del 2002 realicé un viaje que me mantuvo alejada del persa. El sábado 16 se realizó en toda la zona una importante redada policial para desbaratar a las redes de piratería, que no dejó pasar a ninguno de los falsificadores artesanales.

Hasta aquel rincón poco concurrido del Víctor Manuel llegaron de improviso los oficiales. Arrestaron a mi socio y, además de mantenerlo en la comisaría durante toda la tarde, le requisaron los 30 compactos que portaba. Él alegó que ninguno de esos grupos tenía una representación en los sellos chilenos, pero esa excusa en nada colaboró para solucionar la situación. Al igual que él, los aprehendidos con centenares de copias ilegales fueron dejados en libertad previo pago de una fianza.

Luego de este episodio, resultaba demasiado arriesgado continuar con el negocio y los demás artículos eran mucho menos requeridos por nuestros escasos clientes, por lo que decidimos entregar el local en septiembre del 2002, sitio que hasta un año después permanecía desocupado.

Imágenes finales

Sólo un paseo por las calles del concurrido persa Bío-Bío basta para encontrar la esencia y el misticismo del que habla este trabajo, que no es más que un bosquejo de ese gentío inestable que lo recorre cada fin de semana.

El atractivo de esta feria de las pulgas ha ido multiplicándose con los años, no sólo por sus cualidades como comercio informal y sus innumerables bagatelas, sino por el peso que le dan los años. El persa Bío-Bío tiene una historia que por primera vez es recopilada y se conforma en la voz de sus propios protagonistas, ya que casi no existen registros textuales respecto a la historia de este tradicional comercio, más allá de los recortes de prensa y proyectos municipales.

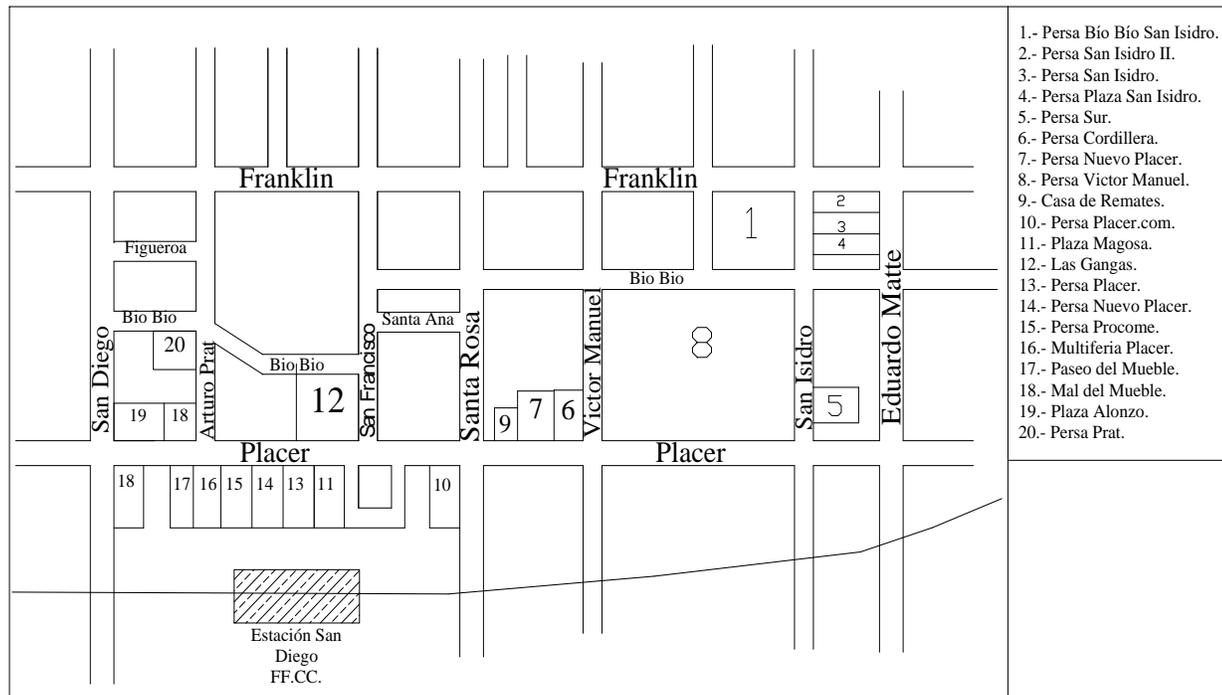
Resulta difícil creer que uno de los pocos lugares donde se conserva la cultura del trueque en Santiago, cuyos pasajes han sido paseo obligado de extranjeros y capitalinos, sea tan ignorado por la pluma costumbrista nacional. Sin embargo, sus historias fluyen cada fin de semana, las ventas crecen o disminuyen, los vendedores y los compradores se renuevan, pero hay algo en ese contacto directo con el comerciante que hace de la visita al persa un ritual. Y en los tiempos del *fast-food* nada mejor que darle estatus de sagrado a un espacio que llama a la interacción, a la vida social, al regateo y al folclor urbano.

Aquellos que disfrutan hablando de estampillas, cultivando extraños cactus o coleccionando monedas tienen su rincón especial en el Bío-Bío, que a estas alturas supera en prestigio y tradición al renombrado mercado persa de Mapocho, que se formó sólo unos pocos años antes que este.

Desde los extremos de Santiago llegan los transeúntes a visitar el zoológico humano que cada sábado y domingo tiene lugar en las calles aledañas a la ya nombrada Placer. Conseguir artículos de primera necesidad o de simple entretención, conversar y regatear con los locatarios, tomar un refrescante mote con huesillos o quedarse a almorzar en las económicas cocinerías de los galpones es un paseo entrañable, a veces apto sólo para mentalidades abiertas, y poco recomendables para quienes se impresionan fácilmente.

En este paraíso de la oferta siguen fundidas décadas de historia, que a pesar de los adelantos están lejos de desaparecer de la memoria del pueblo chileno.

Plano de ubicación del Persa Bío-Bío



- 1.- Persa Bío Bío San Isidro.
- 2.- Persa San Isidro II.
- 3.- Persa San Isidro.
- 4.- Persa Plaza San Isidro.
- 5.- Persa Sur.
- 6.- Persa Cordillera.
- 7.- Persa Nuevo Placer.
- 8.- Persa Victor Manuel.
- 9.- Casa de Remates.
- 10.- Persa Placer.com.
- 11.- Plaza Magosa.
- 12.- Las Gangas.
- 13.- Persa Placer.
- 14.- Persa Nuevo Placer.
- 15.- Persa Procome.
- 16.- Multiferia Placer.
- 17.- Paseo del Mueble.
- 18.- Mal del Mueble.
- 19.- Plaza Alonzo.
- 20.- Persa Prat.

Fuentes de consulta

Entrevistas

- Eli Saavedra (72), ex profesora que vendía libros y artesanías
- Jaime, fanático del Bío-Bío y estudiante de Filosofía
- Alexis Herrera, administrador del persa
- Jorge Orobia, librero (40 años)
- Santiago Duran, presidente del sindicato del persa Víctor Manuel
- Sergio y su esposa, venden ropa en el Galpón 4
- Carlos Saavedra, coleccionista nazi
- Juvenal Adasme, anticuario
- Manuel Courbis, anticuario y cachurero
- Roberto Gómez, primer administrador del persa Víctor Manuel
- Sergio Navarro, cinéfilo
- Charles Labra, músico
- Ximena Bravo, empresaria
- Hugo González, anticuario
- Jorge Naranjo, almacenero
- María, fanática del Bío-Bío
- Lupe, fanática del Bío-Bío
- Miguel Ángel Fredes, periodista
- Marcio Isamit, tecnólogo dental
- Jorge Francisco de la Rivera, fanático del Bío-Bío
- Andrés Díaz, ambulante ocasional y cliente del persa
- Paola, locataria plaza Alonso
- Iván Figueroa, consejero de la Cooperativa Plazas Techadas
- Sergio Contreras, librero
- Miguel Ángel Felipe, editor de fotografía
- André Jouffé, escritor

Referencias bibliográficas

- Santiago de Chile (1541-1991): historia de una sociedad urbana. Armando de Ramón, 1927.
- III Seminario Internacional Reencuentro de Dos Ciudades: Santiago de Chile y Ciudad de México, “Comercio informal y desarrollo urbano”, 1994.
- Proyecto de referencia para el Nuevo Barrio Franklin, 1994. Corporación de Desarrollo de Santiago.
- Proyecto Plazas Techadas del Persa Bío-Bío, 1994. Corporación de Desarrollo de Santiago.
- Caracterización del Barrio Menor Franklin, 1993. Corporación de Desarrollo de Santiago.
- “Bye, bye París”, André Jouffé. Planeta, 1997.

Periódicos y revistas

- La Tercera. 27/09/99: Los delincuentes chilenos más famosos
- El Mercurio 09/05/2001: El Persa Bío-Bío
- “ 28/2/2000: Crecen las Mafias de Falsificadores
- “ 10/10/99: Voluminoso mercado alternativo
- “ 19/5/98: Para cachureros y busquillas
- “ 24/8/98: Megamercado provocaría quiebra
- “ 20/9/98: Ahogándose en el Bío-Bío
- “ 15/9/97: Entregan patentes a locatarios de Santiago
- “ 17/09/95: Feriantes del persa Bío-Bío entablarían demanda por venta de terrenos
- “ 02/10/94: Persa Bío-Bío: Finaliza actividad callejera de feriantes
- “ 25/04/94: Comerciantes de persa anuncian movilizaciones
- “ 15/08/93: Comerciantes callejeros: Vecinos de persa Bío-Bío piden su erradicación
- “ 13/06/93: Comerciantes exigen decreto comercial para persa Bío-Bío
- El Mercurio 09/05/93: Controla comercio ilegal en el persa Bío-Bío
- “ 21/04/93: Ravinet expuso iniciativa: trasladarían el persa a calle Placer
- Qué Pasa 28/09/98: Barrio Franklin: Guerra Persa
- La Segunda 25/05/93: Con ocupación de embajadas amenazaron comerciantes del persa
- “ 15/10/99: Inventora de botiquines ganó el premio...
- Algunos recortes de prensa sin fecha, extraídos del archivo del administrador del persa Víctor Manuel

Fotografías

Todas las fotografías fueron tomadas por Cristina Correa, en el período comprendido desde 1998 al 2003, con excepción de dos fotografías de archivo que ilustran el pasado del mercado persa Bío-Bío (la del Matadero en 1912 y la de Franklin en 1961).

Indice

| | |
|---|----|
| - Introducción..... | 1 |
| - Capítulo I: Un poco de historia | 5 |
| - Capítulo II: Plazas techadas..... | 13 |
| - Capítulo III: El Barrio Franklin Matadero..... | 18 |
| - Capítulo IV: Ambulantes e ilegales..... | 22 |
| - Capítulo V: El persa hoy..... | 27 |
| La piratería..... | 27 |
| Personajes y coleccionistas..... | 30 |
| Fanáticos del Bío-Bío: la voz del pueblo..... | 42 |
| - Capítulo VI: Entre el Matadero y el <i>Far West</i> | 47 |
| - Capítulo VII: Los persas del mundo..... | 54 |
| - Capítulo VIII: Sobrevivir en el persa, un experimento de observación participante..... | 59 |
| - Imágenes finales..... | 61 |
| - Plano de ubicación Persa Bío-Bío..... | 63 |
| - Fuentes de consulta..... | 64 |